

INDIFERENCIA

*Yalile Andrea Castellar Barros*¹

Haciendo el recorrido de su ruta habitual llegó al sitio donde quedó tendido el cuerpo sin vida de su compañero. Mira a su alrededor girando su cuerpo famélico y descubre que se encuentra solo. Sabe que se puede acercar al cuerpo sin ningún problema o amenaza. Efectivamente, lo hace. No encontró sangre alrededor del cuerpo, como en otras ocasiones, porque la afinidad asesina del líquido vital con el asfalto ya había establecido nexos y coexistía como una sola unidad dentro de los acuerdos de un mimetismo cómplice. Por eso necesitaba comprobar que el cuerpo estaba verdaderamente muerto y que aquella escena desgarradora que atraía la atención de los transeúntes, no era más que un montaje de circo.

El movimiento de sus patas es lento y cauteloso. Sus orejas desplegadas como radar se mueven en todas las direcciones para detectar cualquier perturbación del aire. Acerca a los despojos su hocico húmedo y frío y retrocede rápidamente. El cuerpo aún está caliente y la reverberación del pavimento comenzaba a envolver en sus corrientes ascendentes los olores de la descomposición orgánica y de la mierda esparcida por toda la cavidad abdominal. El aletazo de la tufarada nauseabunda que recibió su agudo olfato, es fuerte y lo estremece. La cavidad abdominal está abierta y ofrece gratuitamente a

sus ojos los intestinos como si estuvieran en venta bajo oferta especial. Se acerca de nuevo, pero en esta ocasión, es el rostro del muerto el que acapara su atención. La cabeza hizo un giro de ciento ochenta grados y sus ojos quedaron mirando hacia la espalda. Aquello fue un acto de franca violación e insubordinación de un miembro a las leyes divinas que le asignaron su lugar frente al cuerpo. Ese fue su último gran esfuerzo para descubrir el rostro de su agresor, de su asesino. Del vil cobarde que lo atacó por la espalda para quitarle el don más preciado de la existencia, la vida. Y lo logró. Pudo ver el rostro de la muerte adornada con su risa macabra, mientras le arrebatava la existencia. Su cabeza jamás regresó a su sitio anterior porque las múltiples fracturas de su columna la inmovilizaron. La salida de los ojos fuera de su órbita y la generosidad de su boca para mostrar la agresividad de sus dientes demuestran el tránsito horripilante de la agonía que lo condujo finalmente a la muerte.

Ahora no le quedaba ninguna duda. El muerto estaba bien muerto. Hizo un nuevo reconocimiento a su alrededor y nadie de su especie había llegado aún a la escena. Pero estaba seguro que no tardarían en llegar y que debía actuar deprisa para no tener problemas con ellos. Sus agudos sentidos le advertían que estaba siendo observado por un número

¹ Cadete del Programa de Administración Marítima de la Escuela Naval Almirante Padilla

cada vez mayor de miradas curiosas, absortas y perplejas de peatones. Pero ellos no le preocupaban. Sabía que en estos momentos ellos estaban enfrentándose a la disyuntiva de si acercarse a la escena movidos por la compasión y la solidaridad o permanecer en sus sitios, con un frío de témpano, petrificados e indolentes sin perturbar el curso de sus propósitos o alejarse del lugar como si nada hubiera ocurrido: borrar de su retina las imágenes de aquella escena horripilante antes que la traición de los recuerdos designaran un espacio para ellas dentro de la memoria.

Caminó hasta la acera ubicada a cinco metros del difunto y descargó una porción de su vejiga, continuó avanzando hacia el poste del alumbrado eléctrico y descargó otra pócima igual a la anterior con la exactitud milimétrica de una pipeta automática, y así prosiguió alrededor del cadáver, en el sentido de las agujas del reloj, marcando los límites de su nuevo territorio. Solo esperaba que aquel desperdicio orgánico fuera retirado por un alma caritativa movida por el desprecio y la repulsión que muy pronto el cuerpo despertaría en todo el lugar o por alguna autoridad competente encargada y responsable del embellecimiento del sitio o de la salud de los habitantes de la zona residencial. Ya la acción microscópica de las putrecinas y cadaverinas, satisfaciendo la voracidad de su apetito insaciable, había comenzado y los despidos hacia el exterior de los primeros gases, productos de la descomposición, ya habían comenzado a tomar posesión de la atmósfera respirable del lugar.

Ya no sería más un problema de salud pública. Ni un despojo orgánico descompuesto que tuvo el rechazo, la repulsión y el desprecio de todos. Ni siquiera sería elevado a la categoría de un recuerdo porque el olvido jamás le había cedido un espacio en la memoria. Ni siquiera tendría una sepultura para perpetuar su recuerdo o un velorio para lamentar su ausencia y desahogar el dolor producido por su fallecimiento. Sería arrojado sin ningún cuidado a una fosa común o en cualquier sitio, junto a restos de alimentos, chatarra, papeles, cartón y otros desperdicios que nada tendrían que ver con su naturaleza. Pronto su vestidura orgánica desaparecería como resultado de la acción persistente, lenta y silenciosa, implacable e ininterrumpida de los microorganismos, y los huesos desnudos que habían dado forma y figura a su cuerpo material, serían despreciados de nuevo, subvalorados y abandonados como una materia inorgánica dura, fría, indigerible y sin sustancia nutritiva.

Finalmente, quedaría reducido a un montón de huesos retorcidos y fracturados. Sin ningún valor ni importancia. Sin fisionomía ni orden anatómico. El ejército de microorganismos que habían vivido a expensas de él, muy pronto descubrirían que su proveedor de alimentos los engañó. Que la fuente inagotable e infinita de nutrientes que prometió que sería para ellos, estaba seca. El no importaría más para ellos y de nuevo es la indiferencia la que cargue su larga lista con una víctima más.